

..y poesía,
cada día

CELIA VIÑAS

Nació en Lérida en 1915. Cursó el Bachillerato en Palma de Mallorca y se licenció en Filosofía y Letras por la Universidad de Barcelona. Ganó la cátedra de Literatura del Instituto de Almería y desde entonces se consagró a Almería a sus alumnos y a la literatura con una devoción extraordinaria animando y promoviendo la vida cultural de la ciudad. Son sus libros de poemas: "Triño del corazón" "Canción tonta del Sur" "Palabras sin voz" y "Del foc i de la cendra" en mallorquín. Murió en 1954.

A LA UVA DE ALMERIA

Que beben tus raíces las pupilas
de una lluvia sin tiempo ni ventura...
Que beben tus raíces y destilas
con los ojos de arena tu ternura.

Entre abejas y pájaros vacilas
y en verde llanto afirmas tu hermosura
¡ay lluvias de la miel, mansas, tranquilas!
donde derriba el cerro su estatura!

En la boca tan dulce, dulcemente,
tan pico de oro de confitería,
tan fresca voluntad de chorro y fuente,

tanta alegría y salto y alegría,
que coronas de pámpanos la frente,
y de luz las gargantas de Almería.

CANTAR A LA VEGA

Quiero cantar, Señor, huerto y acequia
las dulces cañas donde el viento canta
verdes canciones y altas claridades,
viento flautista, casto y ruboroso,
con risa de mazorca, niña y alta...
mañana, cada grano, un ruiñeñor
con gorgoritos de oro en la cosecha...
quiero cantar frutal en donde el agua
en azúcar convierte la frescura,
en color, transparencias y diamantes,
donde beben los bueyes, lentamente,
un cielo arrodillado de palmeras.
Levantán la testuz, sagrada y noble,
y gotea un hilillo musical
de saliva de estrella rumiada,
de flor azul mascada hermosamente.
En septiembre, Señor, el campo es dulce
tembloroso y sencillo como un pájaro
que levanta sus alas de silencio
hacia un ramo de dátiles sin peso
—amor de hombre, amor y soledades—.
El agua ya no canta, sólo encanta
tan pacífica flor de la verdura,
y el barro se hace joya memorable
en las manos del hombre de la huerta
que amasa de verdades de la tierra
la vida de su casa y campanario.
Sólo un tronco es callada geometría
—y el corazón lo sabe y se detiene—
por canalillos tibios donde el agua



busca la luz de nuevo en la frescura
de las hojas en verde carne viva
—el corazón lo sabe y se detiene—,
las hojas, surtidores del milagro
de la raíz, que el barro y el trabajo
han hecho empuje de altas catedrales
donde reza el silencio su oración...
Gracias, Señor del campo de septiembre,
por la hierba y la caña y la ciruela.
De barro nos hiciste, nos sostiene
este barro que amasa el agua clara
nos mantiene este barro, nos levanta
erguidos de milagro y pensamiento
como cañas al borde de la acequia,
como árboles alegres por el fruto,
como menuda hierba sensitiva.
De barro las vasijas y la casa,
los juguetes del niño y esta cuna
donde la muerte duerme nuestro barro,
el alma, surtidor claro de Dios,
palma de agua que por la boca sube
a la misericordia de los cielos...
Amores buscaré del hortelano
que en ternura de alfalfa me adivinó
el corazón de hojita temblorosa,
que me sepa en la noria del amor
raíz del beso, flor de las miradas
y entrega de la fruta regalada
en un septiembre verde de cosechas
mojado por el agua del Buen Dios,
que los ríos llevaban a la mar
para morir sin gracia ni ternura
y que el hombre levanta hacia los cielos
por las hojas, los frutos, los tallitos,
hecha una voz de salmo jubilosa.
¡Alabad al Señor de huerto y campo
que verdea los árboles hermosos,
traspasados de dulces ruiñeñores!